

## Opinión

## El amor incomprensible

Jorge Bello (\*)

Médico  
Especial para Diario UNO

**M**agda mató a sus seis hijos una noche fría de abril. Lo hizo con todo cuidado, con un amor maternal imposible de entender. Serena y fría, con la seguridad de una muerte rápida e indolora.

El procedimiento resultó efectivo en cinco de los hijos pero la mayor se resistió, y tuvieron que agarrarla fuerte, y abrirle la boca, y después esperar los minutos que la separaban de la muerte. Encontraron los cadáveres tres días después, parecían dormidos, estaban bien abrigados para no pasar frío. Rosadas las mejillas, la grande tenía unos arañazos en la cara. La guerra estaba perdida y a punto de terminar.

No faltan ejemplos, sobre todo en tiempos de guerra y de otras crisis, para demostrar que el amor de madre es más fuerte que el amor a la vida. Hay un punto en la escala del amor maternal, un punto extremo, en el cual éste se hace incomprensible. Adquiere una fuerza insospechada y hace aquello que no haría si la situación no fuera extrema. Y es tanta esta fuerza, que tengo la sensación visceral de que se trata de una fuerza biológica, que no depende del raciocinio ni de la voluntad, sino del instinto.

Es una fuerza más poderosa que ninguna, y se esconde en el proceder que una madre reserva sólo para un hijo en una situación extrema. Es una fuerza que está agazapada, y de pronto sale a la luz, y puede calmar el llanto más desesperado y convertirlo en una acción desesperada, pero de objetivo concreto y realista, aunque terrible. Es incomprensible, y desde luego

**Magda era la esposa de Joseph Goebbels, ministro del régimen nazi. Tenían seis hijos**

que inquestionable.

Magda era la esposa de Joseph Goebbels, ministro de Propaganda e Información del régimen nazi. Tenían seis hijos: Helga, Hilde, Helmut, Holde, Hedda y Heide, y no es casualidad que el nombre de todos comenzara con la misma letra con que comienza el apellido Hitler. Cinco años tenía la menor y doce la mayor cuando se instalaron, con papá y mamá, en el búnquer donde Hitler ya estaba instalado, en 1945.

Joseph y Magda programaron



la muerte de sus hijos al darse cuenta que los rusos estaban a punto de entrar a Berlín, y que los niños pasarían horrores hasta morir si los encontraban con vida. Después de cenar, con la excusa de ponerles una vacuna, un médico de las SS les inyectó una dosis de morfina a cada uno, para dormirlos. Pero ya no pudo seguir, y le dijo a Magda que no soportaría continuar con el procedimiento de envenenar a los niños mientras dormían.

Entonces ella, con la ayuda del médico personal de Hitler, uno por uno, a cada hijo entredormido le abrió la boca, y entre las muelas le puso una cápsula de cianuro, y luego le apretó las mandíbulas para que la cápsula se rompiera y dejara escapar el veneno. Magda les quitó la vida de una manera maternal pero incomprensible. La morfina hubiera sido suficiente, pero Magda que quería asegurarse que sus hijos efectivamente morían. Porque sabía que la poca vida que les esperaba sería con toda seguridad peor que la muerte, y ella ya no estaría viva para protegerlos.

Inmediatamente después, Magda y Joseph se suicidaron. A un soldado le dejaron órdenes expresas para que quemara los dos cadáveres, y así fue. Pero los

niños quedaron muertos cada uno en su cama con las cobijas en orden. Es imposible de entender.

Y no hace tanto que a primera hora de la mañana, ya bien de día, una mujer escuchó en la calle el inconfundible llanto de un bebé. Por su instinto supo que algo raro pasaba, y buscó. Levantó la tapa y lo encontró: un bebé de sólo unos días de vida lloraba de hambre dentro del cubo de las basuras, el que reúne las bolsas de

**Por su instinto supo que algo pasaba. Levantó la tapa y lo encontró: un bebé de sólo unos días**

basura de toda la cuadra, en una esquina concurrida de un barrio caro de Barcelona. Lo habían abandonado en un lugar seguro (la basura se recoge por la noche) y en posición segura. Según se dijo en los corrillos del barrio, o según me lo imagino, ya no lo recuerdo, cuando llegó la policía municipal el niño ya se había tomado la mamadera, ya tenía un pañal limpio y dormía plácidamente en brazos de una vecina teta, que lo entregó con pesar.

Hasta donde sé, nunca se

supo de su madre. Ojalá nunca la encontrarán, porque si fue la madre quien dejó el niño en un lugar donde era seguro que lo encontrarían apenas llorara, donde seguro que le darían una mamadera, donde seguro que le darían una perspectiva de vida mejor que la que ella podía ofrecerle, entonces esa madre, tal vez sometida al yugo extremo y desesperado de la droga dura, quiso darle a su hijo lo mejor. Y lo mejor no estaba en sus manos sino en otras manos, que no por desconocidas serían poco generosas. Resulta difícil de entender cómo el amor de madre es una fuerza tan poderosa que es capaz de abandonar el hijo con la certeza de que allá, donde no se ve qué hay pero es fácil de imaginar, estará mejor que acá, donde ya no hay más nada que hacer.

También es difícil de entender que algunas madres chinas, de las muchas que componen la comunidad oriental de Barcelona, envían a sus hijos a China cuando tienen poco más de un año. Allí los recibe la abuela, que se quedó cuidando la vivienda familiar, y los cría hasta los cuatro o cinco años, y entonces regresan con su madre.

¿Por qué?, le pregunté la

semana pasada a una madre china que me pedía adelantar las vacunas de su hija puesto que en China no las recibiría. A la madre se le llenaron los ojos de lágrimas, y me explicó que la vida para ellos es dura, que tienen que trabajar duro, que no tienen tiempo para criar a los hijos pequeños, que para eso está la abuela. Es amor de madre, que apuesta por un futuro, pero no para los adultos de hoy, sino para los de mañana.

**Es amor de madre que apuesta por un futuro, no para los adultos de hoy, sino los de mañana**

En el Día Internacional de la Mujer Trabajadora, ayer, o Día Internacional de la Mujer, que es lo mismo, ningún hombre se atreve a juzgar a una mujer. Porque no le dará el cuero. No entenderá casi nada. Mejor es callar, y laborar. El dibujo es de Pilarín Bayés, que es mujer y es madre, y claro, es trabajadora.

(\*) Médico santafesino radicado en España, dedicado a la pediatría y a la comunicación médica.